

Expreso, 25 de diciembre de 1995

LA GUERRA O LA PAZ

Por Alfonso Baella Tuesta

Los militaristas ecuatorianos comprarán, con el visto bueno del gobierno de Washington, aviones Kfir a Israel.

Todos saben, especialmente los traficantes de armas, que Ecuador se arma para atacar al Perú.

Washington, uno de los garantes del Protocolo de Río de Janeiro, avala la solución pacífica de cualquier diferente que pudiera existir entre Ecuador y Perú. Ante el mundo, Washington -la Roma del Siglo XX- ha asumido el papel de defensor de la paz y los derechos humanos.

La tolerancia del gobierno Clinton frente a la carrera armamentista iniciada por el Ecuador resulta inexplicable, por decir lo menos.

Es la señal que esperaba el general Paco Moncayo para lanzarse a la preparación de una nueva agresión al Perú y para llevar adelante sus planes de derrocar al presidente Durán-Ballén.

El general Moncayo, apenas le fueron transmitidas las declaraciones del embajador de Washington en Quito dijo que la democracia ecuatoriana tiende a desestabilizarse. Esto equivale a decir que los militares ecuatorianos tienen prisa por capturar el poder. Todo esto mientras la economía del Ecuador atraviesa por su peor momento, cuando sus ciudades, sus industrias, carecen de fluido eléctrico y cuando el pueblo sufre la peor miseria de todos los tiempos.

El presidente Fujimori formuló, a poco de saberse que el señor Clinton había puesto luz verde para el armamentismo ecuatoriano, unas declaraciones que parecen dirigidas a Quito y a Washington.

En uso de las facultades extraordinarias que el Congreso le ha otorgado, el jefe del Estado del Perú anunció, en la ceremonia de graduación de la promoción 95 de la Escuela Militar de Chorrillos, que el ejército peruano se retirará de los frentes de lucha contra el narcotráfico. Esta labor estará exclusivamente en manos de la policía.

El Ejército volverá, pues, a su función específica: la defensa del país. No habrá más sorpresas en la frontera norte. El ejército peruano ganó la guerra contra el terrorismo y rechazó la agresión ecuatoriana. La diplomacia peruana asumió la responsabilidad de buscar la paz por medio del Derecho, dentro del

marco de los compromisos contraídos en Itamaraty con los países garantes, con Washington a la cabeza.

El ejército peruano, que es el pueblo en armas, es el auténtico garante del Protocolo de Río. Es decir, de la paz.

La lucha contra el narcotráfico es, sin duda alguna, una guerra contra la peor forma de delincuencia de este fin de siglo. Requiere una especialización y una mística propia. Quienes la libran, desde los niveles donde se elabora la estrategia que compromete, solidariamente, a todas las policías del mundo, hasta el mismo frente de batalla que comprende los campos de cultivo de la coca, la marihuana y la amapola, y los centros financieros del "blanqueo" del dinero mal habido, requieren de conocimientos científicos, una preparación técnica y una mística especiales. La policía peruana ocupará un lugar destacado para ganar esta guerra mundial contra el vicio. Una guerra como jamás se libró en el mundo. La lucha contra las mafias del alcohol y el crimen de los años veinte, en los Estados Unidos, parecerá una cosa de aficionados cuando se la compare con esta guerra a muerte contra las drogas que ha comenzado a nivel mundial.

El presidente Fujimori ha planteado una nueva definición de roles del Ejército y la Policía en estos campos de batalla; la seguridad nacional, la defensa de la integridad del Perú a cargo de la Fuerza Armada y la guerra contra el narcotráfico, como responsabilidad de la policía peruana.